

LA CASTA DIRIGENTE

FERNANDO GONZALEZ

EN cada encrucijada histórica, la oligarquía española ha sabido, por sus propios medios o mediante ayudas ajenas —como el III Reich, los Estados Unidos o las monarquías feudales islámicas—, encontrar el mito con el que presentar una "nueva imagen". Serrano Súñer fue, en su día, una esperanza fascista del nuevo Estado. Arburúa, un malabarista económico que, con aquiescencia de Washington, resolvería lo que los fascistas no supieron. Los entuertos de Arburúa tuvieron un destello de enderezamiento con la aparición prodigiosa del profesor Ullastres y su equipo de tecnócratas. Gregorio López Bravo, en escala internacional permanente, fue una breve fascinación que prometía consolidar lo que Ullastres apenas esbozara. Tras la muerte de Carrero Blanco, Arias fue —con el espíritu del 12 de febrero— la "sensatez" que los tecnócratas no alcanzaron. Fraga Iribarne significó otro hito en la ruta mítica. Ahora, Suárez. En realidad, se trata de todo un hábil decorado de la casta dirigente. Tras cada mito se ocultan los de siempre.

La "moderación" no siempre responde a una interpretación objetiva del sentir de la mayoría. La "moderación" puede ser, al igual que los radicalismos, instrumento manipulador de las situaciones políticas. El papel de "moderador", cuando es autoadjudicado, implica ya una situación de juez y aparte que lo aleja de una pretendida objetividad. Los muñidores de la "moderación" tienen un papel definido que jugar en el asentamiento y transformación de un "Estado de privilegio".

La falsa euforia electoral, azuzada desde los diversos centros de poder, no resulta el medio idóneo desde el cual se pueda analizar la evolución política. El poder —que en España en los últimos años ha cambiado de personas, pero no de grupos de presión y estructuras— lo sabe bien. La Unión del Centro Democrático es una habilidosa concentración de continuismo franquista, defensa de los intereses capitalistas perpetuados en las últimas décadas, y una fachada remozada con el suficiente grado de "democratización" como para

obtener el fácil beneplácito de Europa. Ya apuntábamos (1) que el franquismo o lo que éste encubría tendría diferentes y variadas presencias electorales hasta copar amplias opciones para la gran masa indecisa, producto precisamente de ese franquismo. Con la aceleración del proceso electoral, accionado desde la Moncloa, la evidencia —para aquellos que son capaces de sustraerse a la machacona intermitencia propagandística— es absoluta. La Unión del Centro Democrático podría llamarse perfectamente Convergencia de Intereses Franquistas y Neofranquistas o, en definitiva, Nuevo Intento de Perpetuación de Privilegio, esta vez por vía democrática.

La historia de los últimos cincuenta años no es generosa en nombres. Escasas familias, aunque con clanes extensos, tienen constante presencia como clase dirigente en el actual siglo. No es ninguna casualidad histórica que, tras la candidatura de Adolfo Suárez —el perfecto *donnadie* de clase media que "prueba" que cualquier desconocido pueda acceder al poder—, aparezcan los nombres de Calvo-Sotelo, Fanjul, Garrigues, Cervero, en "provincias", Sentís, Sánchez de León, Fernández-Cuesta, Arias Salgado, etcétera. Tampoco que Alianza Popular integre, a su vez, nombres como Luca de Tena, Díaz-Ambrosio, Hurtado de Mendoza, Calvo-Sotelo (en una versión aparentemente más ultra). No es, efectivamente, ninguna casualidad.

En la llamada Dictadura de Primo de Rivera, los apellidos de Calvo-Sotelo, Fanjul, Luca de Tena, Gil-Robles, Ruiz-Giménez y otros ya estaban presentes en los aledaños del poder. En la II República se repiten machaconamente idénticos apellidos, a veces incluso con la misma persona que, en sólo breves años, ha pasado de servir a un Rey bajo el esquema de una frágil dictadura militar a servir a una República "de trabajadores de todas las clases".

En la conjura antidemocrática de 1936 los miembros de las familias de la casta dirigente tie-

nen especiales implicaciones. Así, Juan Ignacio Luca de Tena, llevando los fondos de Juan March —procesado por la II República como estafador y delincuente común— para financiar a los militares sublevados en África; José Calvo Sotelo y el Bloque Nacional, provocando en el Congreso el caos; Gil-Robles —ministro de la Guerra del 33 al 35, gran perdedor de las elecciones en febrero del 36—, repasando demagógicamente las cuentas de las intervenciones obreras, mientras silenciaba el pistolero falangista. El general Fanjul, comprometido en la conjura antidemocrática para desmontar por las armas la legalidad constitucional, pese a su condición de jurista. Antonio Garrigues, cuyas vinculaciones familiares con las grandes corporaciones norteamericanas son bien conocidas, pudo ser director general de Registro y Notariado con la II República, embajador con Franco y ministro con la Monarquía. Su hijo toma el relevo, apareciendo en una candidatura "democrática" en las primeras elecciones. Es la opción que auspicia, programa, apoya e instaaura el Gobierno. No se trata de hacer un recuento exhaustivo, algunos ejemplos son válidos para establecer una premisa previa: Las clases en el poder se perpetúan, y en España, debido a cuarenta años de historia paranoica, se acentúa esa especie de coto cerrado en el que se parapeta la clase dirigente.

La selección de raza

En 1939, con la consolidación, mediante una destrucción total de la II República, del Estado totalitario, aparecen de nuevo los eternos nombres, esta vez bajo presencia fascizante. Los Calvo Sotelo de camisa azul —la herencia política del protomártir es casi tan numerosa como la que, para los Primo de Rivera y afines, legó el "Ausente"—; un Luca de Tena, saludando "a la romana" y exaltando los valores morales de Mussolini, Codreanu o Henrich Himler; un Fanjul Sedeño, vicesecretario nacional del Partido Único en sus momentos más rígidos; un Ruiz-Giménez, concejal del Ayuntamiento de Madrid recién "liberado" de sus

concejales legitimamente elegidos; un José María de Areilza, consejero de la Junta Política, alcalde de Bilbao, entusiasta seguidor del jonsismo de Ramiro Ledesma Ramos. En definitiva, la misma clase dirigente implicada por muy diversos caminos al poder económico, jugando su carta totalitaria.

La casta dirigente arbitra medidas para su continuidad, es decir, para su defensa como especie política. Sistemáticamente, individuos procedentes de la clase media son integrados en esa casta dirigente como nuevos aportes sanguíneos vigorizadores. La larga etapa del franquismo, hermética, ha servido para, sin graves peligros externos, criar y mejorar esos aportes. Dos individuos destacan fundamentalmente, aunque no hay que desdeñar numerosos cuadros intermedios: Fraga Iribarne y Adolfo Suárez.

Fraga supone la conciliación de posiciones lerrouxistas-canovistas, bajo una máscara de hombre de la CEDA, cuyo papel representará en su día Gil-Robles. Es un hallazgo de innegable valor para la casta dirigente. De aspectos histriónicos, Fraga no tiene reparo en jugar el papel de maldito o de refundidor del populismo franquista. La otra cara de la misma moneda puede ser Adolfo Suárez; secretario general del Movimiento hasta hace apenas un año, supo mantener la ausencia de toda ideología que la casta dirigente exige como condición indispensable para integrar a un individuo en su seno. En su reciente discurso en RTVE, que ya ha sido calificado de electoral, se proclamaba "sinceramente demócrata". Estaba descubriendo algunos de sus rasgos, como "ejecutivo delegado del poder". La casta dirigente no es afectada a una sola ideología, cualquiera es válida siempre que responda a la definitiva razón de mantener el poder.

Los "sinceros demócratas" que acompañan al presidente Suárez en su infalible aventura electoral, al no responder por designio de casta a una ideología democrática, se han visto privados del sufrimiento que supone servir a una dictadura siendo "sinceramente demócratas". Es

(1) Ver TRIUNFO, número 743: "El franquismo electoral".

decir, su pragmatismo les permite ser fascistas en los orígenes del franquismo, demócratas orgánicos en su mitad, asociacionistas en su última etapa y demócratas liberales ante una nueva situación. Carlos Sentís, por ejemplo, ha inundado la prensa con sus alabanzas al dictador. Nemesio Fernández-Cuesta pudo alternar sus funciones de ministro de la dictadura "con un sentido democrático", que le permite en la actualidad presentarse como una alternativa de futuro, en la que no está excluido su paso de nuevo por el Ministerio de Comercio.

En general, la élite actúa con una mayor coherencia de lo que pudiera deducirse de un primer y somero análisis. Antes de abandonar alguna vía de poder, agota al máximo sus posibilidades y con frecuencia pierde en las transiciones a alguno de sus miembros que permanece permanentemente descolgado.

Los compañeros de viaje

La sorpresa de la prensa por la "operación centro" revela una cierta ingenuidad. No era concebible una evolución del franquismo sin un Pío Cabanillas, o, desde luego, un Adolfo Suárez. Diario 16, por ejemplo, hablaba de un Centro Azul o un Centrosuárez. El País, por su parte, explicaba las ventajas de

un partido político llamado RTVE. ABC y El Alcázar azuzaban sus quejas nostálgicas contra los que —con toda habilidad— supieron abandonar el barco franquista. Todo es válido con tal de mantenerse. Las vacilaciones de Leopoldo Calvo-Sotelo (el hombre de Río Tinto) en definirse como antifascista o antifranquista indican lo precipitado del montaje. Calvo-Sotelo (ministro con Arias Navarro cuando la mayoría de los demócratas que ahora se presentan como candidatos estaban en la cárcel o capitulados) aparece emparedado en las listas electorales entre dos jefes del fascismo. Prácticamente, el primero y el último del híbrido creado por Franco el 19 de abril de 1937: Juan Manuel Fanjul Sedeño y Adolfo Suárez. Uno, vicesecretario de FET y de las JONS, 1937-1939 (antes había sido triunfador del SEU); el otro, secretario general del Movimiento, 1975-1976. En esas condiciones, resulta muy arriesgado declararse antifascista.

La casta dirigente, como institución, aglutina y armoniza al poder económico. A manera de ejemplo, entre los candidatos de Alianza Popular y UCD se encuentran representados casi todos los grupos bancarios e industriales, así como numerosos trusts financieros con ramificaciones externas. Tal es el caso de García-Hernández, presidente del Banco Exterior; Licinio de

la Fuente, del Internacional de Comercio, entre los candidatos de AP, o Fanjul, vicepresidente del Banco Popular y presidente del Castilla; Pío Cabanillas, próximo a financieras e inmobiliarias, Garrigues Walker, en el epicentro de un holding que implica numerosas financieras, como Liga Financiera, Crecinco, etcétera; en definitiva, el eje poder-económico/poder-político que ha configurado otra etapa del franquismo.

Una teoría de gobierno

Cuando los hombres de Suárez abandonaban, el 11 de mayo, el restaurante Jai-Alai de Madrid, llevaban, entre sus vacilaciones y temores en responder a una prensa desmemoriada, el goce íntimo del peso de la púrpura. La casta dirigente había repartido de nuevo los papeles. *Sotto voce* se apuntaban nombres para el futuro Gobierno triunfante. Los llamados "demócratas históricos" aprovechaban los restos del festín. Ciertamente en la gestación de la nueva fórmula española —que algunos asemejan al PRI mejicano— había quedado diversos nombres y personas arrolladas por la dinámica washingtoniana del presidente Suárez. Nombres como Arellza, Ruiz-Giménez, Larroque, Eurico de la Peña, Senillosa, etcétera. Pero no es menos cierto que el desplazamiento de tales individuos fue llevado a

cabo dentro de las normas de su propio juego. La casta dirigente tiene reglas con las que "eliminar" a los obstáculos.

Se habla de un Gobierno "democrático" producto de la "operación centro" y del premeditado desconcierto del electorado español. Un Gobierno que algunos califican de azul porque en él "formarían" viejos camaradas del SEU, fascistas aclimatados a la "democracia inorgánica" y socialdemócratas evolucionados desde el Frente de Juventudes. Suárez, naturalmente, de presidente, con la aprobación de Carter y el "respaldo democrático". Calvo-Sotelo, de ministro de Obras Públicas o Industria; Osorio —que se mantiene al margen de las elecciones, aunque es, según los observadores, el vínculo entre los Táticos, ACN de P y el poder económico— seguiría de eterno vicepresidente; Fanjul, de ministro de Justicia; Fernández Ordóñez —que aún pretende ser "oposición y candidato del Gobierno"—, ministro de Hacienda; Pío Cabanillas estrenaría un nuevo Ministerio, que englobase el turismo, el juego y los deportes; Antón Cañellas sería el "hombre catalán" de Suárez, así como Carlos Sentís asumiría una posible Dirección de Información, en la que incluiría a la nueva Prensa del Estado —la antigua cadena de Prensa del Movimiento, entre la que destaca el diario Arriba, dirigido por Pedro Rodríguez, un comodín útil a la dictadura en su momento y que, en su versión democrática, serviría con idéntica fidelidad a Suárez—. Se habla incluso de un posible Ministerio de Trabajo o Educación para un socialista, en función del grupo que más destaque en las elecciones. La crisis de la revista *Guadiana*, de Ignacio Camuñas, entra dentro de la posible remodelación del Centro.

La primera fase de la "operación centro" ha terminado. La intoxicación a la opinión pública, con los teóricos peligros de Alianza Popular o un bloque marxista, ha abonado el terreno para la aparición de la "moderación" personificada por Adolfo Suárez. La solución centro pretende recoger a los votantes afirmativos, es decir, a la mayoría silenciosa, del pasado referéndum. No existen diferencias ideológicas entre Alianza Popular y la UCD, en el Congreso o el Senado serán un solo cuerpo perfectamente articulado de la casta dirigente. Sólo la amnesia colectiva y la desinformación crónica del pueblo español hará posible que los antiguos fascistas, autoritarios o franquistas, sean ahora los "demócratas". Es un triste destino. ■

